

## III

## Disolución.

## I

A mediados de Noviembre, Fortunata estaba algo desmejorada. Observándola, Ballester se decía: «¡Cuando digo yo que me debía querer á mí en vez de consumir su vida por ese botarate! ¡Qué mujeres éstas! Son como los burros, que cuando se empeñan en andar por el borde del precipicio, primero los matan á palos que tomar otro camino.»

Desde la rebotica, donde estaba trabajando, la vió pasar por la calle. «Allá va la nave... Siempre tan puntual á la citita. Doña Lupe furiosa, el pobre Rubin ido, y esta paloma volando al tejado del vecino. ¡Qué lejos está ella de que le he descubierto el escondrijo! Trabajillo me costó; pero me salí con la mía. Y no es que me proponga delatarla... cosa impropia de un caballero como yo. Hágolo para mi gobierno. Yo soy así; me gusta seguir los pasos de la persona que me interesa... De seguro que al volver del tortoleo entra por aquí... ¡Ah!, qué memoria la tuya, Segismundo; ya no te acordabas de que

para hoy le prometiste tener hechas las pildoras de *hatchisschina*, que le quieren dar al pobre Maxi, á ver si le levantan y aclaran un poco aquellos espíritus tan entenebrecidos. Vamos á ello, y que la alegría más expansiva y la más placentera ilusión de vida (*sacando de un armario el frasco del extracto indiano*) iluminen el cacumen de mi infeliz amigo á la acción de este precioso excitante.»

Dos ó tres horas después de esto Fortunata entraba en la botica. El farmacéutico observó pintada en su semblante la consternación. Sin duda tenía una pena grande, grande, horrible, de esas que no pueden expresarse sino con la imagen retórica de una espada traspasando el pecho. «Amiga mía—le dijo Ballester,—no tema usted que la mortifique con consuelos vulgares. Usted padece hoy, y no es cosa de poco más ó menos, sino alguna tribulación muy gorda lo que usted tiene dentro. No, no me lo niegue. Su cara de usted es para mí un libro, el más hermoso de los libros. Leo en él todo lo que á usted le pasa. No valen evasivas. Ni pretendo que me confíe sus penitas, hasta que no se convenza de que el médico llamado á curárselas soy yo.»

—Vaya, Ballester—dijo Fortunata con malísimo humor.—No estoy ahora para bromas.

—Lo creo... Tiene usted el corazón como si se lo estuvieran apretando con una sogá...

—¡Ayl, sí... sí—exclamó con arranque la joven, á quien faltaba poco para echarse á llorar.

—Y usted ha llorado, porque los ojos también lo están diciendo.

—Sí, sí... Pero déjese de tonterías y no se meta en lo que no le importa. Está usted hoy muy agudo.

—*Siempre lo fué Don García.* Para otras personas tendrá usted secretos; para mí no. Sé de dónde viene usted. Sé la calle, número de la casa y piso... Y si me apura, sé lo que ha ocurrido. Desazón; que si tú, que si yo; que no me quieres, que sí, que tira, que afloja, que vira, que vuelta; que me engañas, que no, que tú más, y hemos concluido, y adiós, y allá va la lagrimita.

La señora de Rubín dejó caer su cabeza sobre el pecho, dando un chapuzón en el lago negro de su tristeza. Ballester la miraba sin osar decirle nada, respetando aquel dolor, que por lo muy verdadero no podía disimularse. Por fin, Fortunata, como quien vuelve en sí, se levantó de la silla, y le dijo:

—Esas píldoras, ¿las ha hecho usted?

—Aquí están (entregándole la cajita). Y á propósito, á usted no le vendrá mal tomarse una.

—¿Yo?... Lo mío no va con píldoras... Quéde-se usted con Dios; me voy á mi casa.

—Consolarse—le dijo Segismundo en la puerta.—La vida es así; hoy una pena, mañana una

alegría. Hay que tener calma, y tomar las cosas como vienen, y no ligar todo nuestro ser á una sola persona. Cuando una vela se acaba, debe encenderse otra... Conque tengamos valor, y aprendamos á despreciar... Quien no sabe despreciar, no es digno de los goces del amor... Y por último, simpática amiga mía, ya sabe que estoy á sus órdenes, que tiene en mí el más rendido de los servidores para cuanto se le ocurra, amigo diligente, reservadísimo, buena persona... Abur.

Subió la joven á su casa. Doña Lupe no estaba, porque en aquellos días iba infaliblemente á las subastas del Monte de Piedad. Maximiliano permanecía largas horas en su despacho ó en la alcoba, sin salir ni siquiera á los pasillos, sumergido en una meditación que más bien parecía somnolencia, por lo común echado en el sofá, la vista fija en un punto del techo, al modo de penitente visionario. No molestaba á nadie; no se resistía á tomar el alimento ni las medicinas, sometiéndose silenciosamente á cuanto se le mandaba, como si lo dominante en aquella fase del proceso encefálico fuera la apulación de la voluntad; el no ser nada para llegar á serlo todo. Considerándose sola en la casa, Fortunata anduvo de una parte á otra, buscando una ocupación que la distrajera y consolara. Imposible. Mientras más trabajaba, con más energía y claridad repetía su mente lo que le había pasa-

do aquella mañana. «Yo me voy á volver loca —se dijo poniéndose á mojar la ropa.—Más loca estoy que el pobre Maxi, y esto me acabará de rematar.»

Sin que se interrumpiera la acción mecánica, el espíritu de la pobre mujer reproducía fielmente la escena aquella, con las palabras, los gestos y las inflexiones más insignificantes del diálogo. En medio de la reproducción iban colocándose, como anotaciones puestas al acaso, los comentarios que se le ocurrían. El trabajo de su cerebro era una calenturienta y dolorosa mezcla de las funciones del juicio y de la memoria, revolviéndose con desorden y alumbrándose unas á otras con aquella claridad de relámpago que á cada instante despedían.

«Tontería grande fué decirselo... Él está hace tiempo muy frío, y como con ganas de romper. ¡Cansado otra vez, cansado; y allá por Junio, sí, bien me acuerdo de que era en Junio, porque estaban poniendo los palos para el toldo de la procesión del Corpus, me dijo que nunca más me dejaría, que se avergonzaba de haberme abandonado dos veces, y qué sé yo cuántas mentiras más!... Lo que hace ahora es buscar un pretexto para llamarse andana... ¡Cristo! ¡qué cara me puso cuando le dije aquello...! «No seas bobito, ni fies tanto en la virtud de tu mujer. ¿Pues qué te crees? ¿Que no es ella como las demás? Para que lo sepas: tu mujer te ha falta-

do con aquel señor de Moreno, que se murió de repente una noche. La suerte tuya fué que dió el estallido; y es que los corazones revientan de la fuerza del querer... Créete, como Dios es mi padre, que la *mona del Cielo* le quería también, y tenían sus citas... no sé dónde... pero las tenían. Tan listo como eres, y á ti también te la dan...» ¡Bendito Dios, qué cara me puso! ¡Ah!, el amor propio y la soberbia le salían á borbotones por la boca...»

Después sentía claramente en su oído la vibración de aquella réplica que le había hecho estremecer, que aún la abrumaba, porque las palabras se repetían sin cesar como la pieza de una caja de música, cuyo cilindro, sonada la última nota, da la primera. «¿Pero qué te has figurado, que mi mujer es como tú? ¿De dónde has sacado esa historia infame? ¿Quién te ha metido en la cabeza esas ideas? Mi mujer es sagrada. Mi mujer no tiene mancilla. Yo no la merezco á ella, y por lo mismo la respeto y la admiro más. Mi mujer, entiéndelo bien, está muy por encima de todas las calumnias. Tengo en ella una fe absoluta, ciega, y ni la más ligera duda puede molestarme. Es tan buena, que sobre serme fiel, tiene la costumbre de entregarme todos sus pensamientos para que yo los examine. ¡Ojalá pudiera yo entregarle los míos! Y ahora, cuando tú me traes esos absurdos cuentos, me veo tan por bajo de ella, que no puede ser más.

Tú misma me estás castigando con eso de decirme que mi mujer es como tú, ó que en algo puede parecerse á ti. Me castigas porque me demuestras la diferencia; te comparo con ella, y si pierdes en la comparación, échate á ti la culpa... Para concluir, si vuelves á pronunciar delante de mí una palabra sola referente á mi mujer, cojo mi sombrero... y no vuelves á verme más en todos los días de tu vida.»

Comentario: «¡Y yo que me había hecho la ilusión de que no era honrada, para salir ahora con que no tengo más remedio que confesar que lo es! ¿Habrá visto visiones Aurora? Lo asegura de un modo, que no sé... Puede que se equivoque... Puede que el caballero ese estuviera prendado de ella; eso no quiere decir que ella pescase, ni mucho menos...»

Otra vez sentía retumbar en su oído las tremendas palabras de *aquel*: «Si vuelves á pronunciar delante de mí, *etc...*» Y el comentario parecía producirse en el cerebro paralelamente á la repetición de la filípica: «¡Ah!, tuno, no hablabas antes de ese modo. En Junio, sí, bien me acuerdo, todo era *te quiero y te adoro*, y bastante que nos reíamos de la *mona del Cielo*, aunque siempre la teníamos por virtuosa. ¿Que es sagrada, dices?... ¿Entonces, para qué la engañas? ¡Sagrada! Ahora sales con eso. *Cojo mi sombrero y no me vuelves á ver...* Eso es que tú lo quieres hacer tiempo. Estás buscando un motivo, y te

agarras á lo que dije. *Te comparo con ella, y si pierdes en la comparación, échate a ti misma la culpa.* Eso es decirme que soy un trasto, que yo no puedo ser honrada aunque quiera... ¡Cómo me requemaba oyendo esto y cómo me requemo ahora mismo! Se me aprieta la garganta, y los ojos se me llenan de lágrimas. ¡Decirme á mí esto, á mí, que me estoy condenando por él!... Pero, Señor, ¡qué culpa tendré yo de que esa niña bonita sea ángel! Hasta la virtud sirve para darme á mí en la cabeza. ¡Ingrato!»

Reproducción de algo que ella le había contestado: «Mira, no lo tomes tan á pechos. Podrá ser mentira. ¿Yo qué sé? No creerás que lo he inventado yo. Para que veas que no me gustan farsas contigo, eso que te incomoda tanto es cosa de Aurora...»

Y él: «Como yo la coja, le arranco la lengua. Es una víbora esa mujer, una envidiosa, una intrigante. Andate con cuidado con ella.»

Comentario: «De veras que estuve muy imprudente. No se debe hablar mal de nadie sin tener seguridad de lo que se dice. Desde aquel momento no me volvió á mirar como me mira siempre. Le chafé su amor propio. Es como cuando se sienta una, sin pensarlo, sobre un sombrero de copa, que no hay manera, por más que se le planche después, de volverlo á poner como estaba. Esta sí que no me la perdona. Perdona él todo; pero que le toquen á su sober-

bia no lo perdona. «¿Estás enfadado?»—«¡Si te parece que no debo estarlo!...»—«Hazte el cargo de que no he dicho nada.»—«No puedo; me has ofendido; te has rebajado á mis ojos. Como tú no tienes sentido moral, no comprendes esto. No calculas el valor que se quitan á sí mismas las personas cuando hablan más de la cuenta.»—«No me digas esas cosas.»—«Se me salen de la boca. Desde que calumniaste á mi pobre mujer, la veneración y el cariño que le tengo se aumentan, y veo otra cosa: veo lo miserable que soy al lado suyo; tú eres el espejo en que miro mi conciencia, y te aseguro que me veo horrible.»

Comentario: «Cuando toma este tonito, le pegaría... Eso es decirme que soy una indecente. Y siempre que saca esas *tiologías*, es porque me quiere dejar. Yo no puedo vivir así, Dios mío; esto es peor que la muerte.»

Reproducción: «¿Te vas ya?»—«¿Te parece que es temprano todavía?»—«¿Vienes el lunes?»—«No puedo asegurártelo.»—«Ya empiezas con tus mañas.»—«Tú sí que te pones pesada.»—«No quiero disputar. Dime lo que quieras.»—«Si rompemos, no me echas á mí la culpa, porque eres tú quien la tiene.»—«¿Yo?»—«Sí, tú, por salir con alguna patochada ordinaria.»—«Bueno; lo que quieras... Tú siempre has de tener razón... Adiós.»—«Hasta la vista.»

Y al cabo de un rato su mente saltó de im-

provisio con una idea nueva, expresada en medio de los ahogos de la desesperación, como un rayo que atraviesa las nubes y momentáneamente las horada, las ilumina con sus refulgentes dobleces. «¿Pero qué demonios es esto de la virtud, que por más vueltas que le doy no puedo hacerme con ella y meterla en mí?»

Entonces advirtió que no había mojado la ropa. Su tarea estaba por empezar, y los rollos de camisas, chambras y demás prendas continuaban delante de ella muertos de risa, lo mismo que el barreño de agua. Papitos, que entró en el comedor con los cuchillos ya limpios, fué el choque que la hizo salir de su abstracción.

## II

El día de San Eugenio propuso doña Casta ir de merienda al Pardo; pero las de Rubín no querían ni oír hablar de nada que á diversión se pareciese. Bueno tenían ellas el espíritu para meriendas. Fueron *las Samaniegas* con *doña Desdémona*, Quevedo y otros amigos. Por la noche, doña Casta se empeñaba en que todas habían de comer bellota de la provisión que trajo. Estaban de tertulia en casa de Rubín. Sólo faltaba Aurora, á quien Fortunata esperaba con ansia, y siempre que sentía pasos en la escalera, iba á la puerta para abrirle antes de que llamase. Por

fin llegó la viuda de Fenelón, fatigadísima. Los encargos en aquel mes eran considerables; las bodas aristocráticas menudeaban, y la pobre Aurora no podía desenvolverse. Como que por cumplir y hacer las entregas á tiempo se había traído alguna labor para trabajar en su casa. Velaría hasta las doce ó la una. Brindóse la de Rubín á ayudarla, y con la venia de las dos señoras mayores, se fueron á la casa próxima. Fortunata deseaba estar sola con su amiga para hablar largo y tendido sobre diferentes cosas.

Encendieron luz en el gabinete, y sobre una gran mesa que allí había, por el estilo de las mesas de los sastres, Aurora, sacando sus avíos, se puso á cortar y á preparar. Fortunata la ayudaba á desenvolver los patrones y á hilvanarlos sobre la tela. A cada momento se arrancaba Aurora del pecho una aguja enhebrada, ó se la clavaba en él, pues el pecho era su acerico, y allí tenía también una batería de alfileres. Extendiendo sus miradas sobre los patrones, con atención de artista; cogiendo, ora la aguja, ora las tijeras; ya inclinada sobre la mesa, ya derecha y mirando desde lejos el efecto del corte; moviendo la cabeza para obtener la oblicuidad de la mirada en ciertas ocasiones, empezó á charlar, arrojando las palabras como un sobrante de la potencia espiritual que aplicaba á su obra mecánica.

—Hoy ha sido el funeral. ¡Cosa estupenda,

según me ha dicho Candelaria! El catafalco llegaba hasta el techo, y la orquesta era magnífica; muchas luces... Ahí tienes para qué les sirve el dinero á esos *celibatarios* egoistas. Estaban las de Santa Cruz y Ruiz Ochoa, *las Trujillas*, y qué sé yo quién más... Como no nos vemos desde hace muchos días, no te he podido contar la impresión que recibí aquella mañana. Verás: pasaba yo á eso de las ocho y media por la plaza de Pontejos para ir á mi obrador, cuando vi que del portal salía despavorido el criado inglés... Según después supe, iba en busca de mi primo Moreno Rubio, que vive en la calle de Bordadores. Yo dije: «¿qué pasará?», y Samaniego salió de la tienda preguntando: «¿qué hay?»—«¿Cómo que qué hay?» El inglés entonces, con un terror que no puedo pintarte, nos dijo: «Señor muerto; señor como muerto.» Corrió allá Pepe, y yo detrás. En el portal había un corrillo de gente; unos salían, otros entraban, y todos se lamentaban del suceso. Subí con Pepe... la puerta estaba abierta. Los gritos de Patrocinio Moreno se oían desde la escalera. ¡Ay, qué paso, hija! Yo tenía un miedo que no te puedo ponderar. Acerquéme poco á poco á la habitación. Allí estaba la santa, todavía con el manto puesto y el libro de misa en la mano... Parecía una imagen. Y Moreno... no me quiero acordar; sentado en una silla junto á la mesa... Dicen que le encontraron con la cabeza apoya-

da en las manos, seco, rígido y sin sangre. No puedo pintarte el horror que me causó lo que vi. Le habían incorporado en el asiento. Toda la pechera de la camisa estaba manchada de sangre, la barba llena de cuajarones... los ojos abiertos. (Aquí suspendió Aurora su trabajo, poniendo todo su espíritu en lo que relataba)... No quise entrar. De la puerta me volví, y no sé cómo llegué al taller, porque me iba cayendo por el camino; tal impresión me hizo. Hay que reconocer que ese hombre tenía que concluir de mala manera; pero eso no quita que una le tenga lástima. (Volvió á poner toda la atención en su trabajo.) Estuve muy mala aquel día, y á ratos me entraban ganas de llorar. Mal se portó conmigo, muy mal... ¡Ah!, ya veo yo que todo se paga en este mundo.

—¡Pobre señor!—exclamó Fortunata.—A mi también me dió lástima cuando lo supe. Pero, ¿no sabes una cosa? Que hoy hemos tenido la gran bronca *ese* y yo, porque le dije aquello...

—¿Lo de...?—apuntó Aurora, suspendiendo otra vez el trabajo y mirando á su amiga con intención picaresca.

—Sí... Se enfadó tanto, que concluimos mal ¡Ay, qué pena tengo! Porque si es calumnia, ¡figúrate qué barbaridad ir con esa historia!

—Calumnia no—dijo la de Fenelón, atendiendo más á su corte.—Podrá ser equivocación. ¿Quién demonios sabe lo que pasa en el interior

de *la mona*? Que el difunto Moreno andaba loco por ella, no tiene duda. Falta saber, *por ejemplo*, si ella le correspondía ó no.

—Tú me dijiste que sí, y que tenían citas...

—Sí; pero te lo dije como una suposición nada más—replicó la astuta mujer con cierto despego, como si deseara mudar de conversación.—Tú te precipitaste al llevarle ese cuento. Se habrá volado. Hay que tener tacto, amiga mía, y no herir el amor propio de los hombres. Ya debías suponer que le sabría mal.

—¿Y tú qué crees? Hablando ahora como si estuviéramos delante de un confesor. ¿Tú qué crees? ¿Es, como quien dice, ángel, ó qué?

Aurora dejó las tijeras, y se clavó en el pecho la aguja enhebrada. Después de calcular su respuesta, la soltó en esta forma:

—Pues hablando con verdad, y sin asegurar nada terminantemente, te diré que la tengo por virtuosa. Si mi primo hubiera vivido, no sé adónde habrían llegado las cosas. Él hacía el trovador de la manera más infantil del mundo. ¡Quién lo diría!... ¡un hombre tan corrido!... Ella... no sé... creo que se reía de él... Y bien merecido le estaba, por pillo. Quizás le miraba con alguna simpatía... pero lo que es citas, amiga mía, me parece que no las hubo, digo, me parece; y si algo de esto dije, fué como un *tal vez*, y me vuelvo atrás.

Tornó á su faena dejando á la otra en la mayor confusión.

—Y en último resultado—le dijo después,—¿á ti qué más te da que sea honrada ó deje de serlo? Lo que te importa es que él te quiera á ti más que á ella.

—¡Oh, no...—exclamó Fortunata con toda su alma;—es que si no fuera honrada esa mujer, á mí me parecería que no hay honradez en el mundo y que cada cual puede hacer lo que le da la gana... Paréceme que se rompe todo lo que la ata á una, no sé si me explico, y que ya lo mismo da blanco que negro. Créetelo: esa duda no se me va de la cabeza á ninguna hora; siempre estoy pensando en lo mismo, y tan pronto me alegro de que sea mala como de que no lo sea. ¡Ah!, no sabes tú lo que yo cavilo al cabo del día. Las cosas que me pasan á mí no tienen nombre.

—Pues para que te tranquilices de una vez—dijo la otra sin mirarla.—Tenla por honrada, y cuando hables de esto con *él* hazle entender que lo crees así, y no aspire á que *él* te dé su respeto; conténtate con el amor.

—Quitate de ahí, mujer—saltó Fortunata muy nerviosa.—Si esto se acaba... ¡Si me está faltando ese perro! Si en quince días no le he visto más que dos veces. Siempre llega tarde, y como de mala gana. ¡Oh!, yo le conozco bien las mañas; me le sé de memoria. Nada, que quiere

echarme al agua otra vez; lo veo, lo estoy viendo. Hoy se lo dije claro, y no me contestó nada.

—Entonces tenemos á *la mona del Cielo* de enhorabuena.

—¡Ah!, no... Me parece que ahora la veleta marca para otro lado. Me está faltando con alguna que ni su mujer ni yo conocemos. Más claro: á las dos nos está dando el plantón *hache*, y yo estoy que no sé lo que me pasa, más muerta que viva... llena de rabia, llena de celos. No he de parar hasta cogerle, y de veras te digo que si le cojo, y si cojo á la otra, me pierdo. Yo vengaré á *la mona del Cielo*, y me vengaré á mí. No quisiera morirme sin este gusto.

—Dime una cosa... ¿Te has fijado en determinada mujer?—le preguntó su amiga mirándola de hito en hito.

—No sé; esta noche se me ocurrió si será Sofía la Ferrolana, ó la Peri, ó Antonia, esa que estaba con Villalonga.

—Es natural, piensas en las que conoces. ¿Qué me das, querida mía, si te lo averiguo?

Al decir esto, Aurora abandonó todo trabajo y se puso delante de su amiga en la actitud más complaciente.

—¿Que qué te doy? Lo que tú quieras. Todo lo que tengo... Te lo agradeceré eternamente.

—Bueno; pues déjame á mí, que como yo coja el cabo del hilo, hemos de llegar á la otra punta. Verás por qué lo digo: en mi taller hay una

chiquilla, muy graciosa por cierto, que me parece, me parece...

—¡En tu taller!...

—Sí; pero no te precipites... No es ella tal vez... Quiero decir que por ella he de coger el cabo del hilo, y verás... iré tirando, tirando, hasta dar con lo que queremos saber. Tú confía en mí, y no hagas nada por tu parte. Prométeme que no te has de meter en nada. Sin esa condición, no cuentes conmigo.

—Pues bien, yo te lo prometo. Pero me has de decir todo lo que vayas averiguando. Te digo que si la cojo... No me importa ir al Modelo; te juro que no me importa. Si ya me parece que la tengo entre mis uñas...

Doña Casta entró, abriendo la puerta con su llavín. Era tarde, y Fortunata tuvo que retirarse. Aurora se quedó trabajando un momento más, y decía para sí: «Estas tontas son terribles cuando les entra la rabia. Pero ya se aplacará. ¡Pues no faltaría más... Estaría bueno!...

### III

Una tarde doña Lupe vió entrar á su sobrina tan desolada, que no pudo menos de irsele encima llena de irascibilidad, no pudiendo sufrir ya que no le confiase sus penas, cualquiera que fuese la causa de ellas. «¿Te parece que éstas

son horas de venir? Y haz el favor, para otra vez, de dejarte en la calle tus agonías y no ponérmeme delante con esa cara de viernes, pues bastantes espectáculos tristes tenemos en casa.»

Fortunata tenía su interior tan tempestuoso que no pudo contenerse, y estalló con esa ira pueril que ocasiona las reyertas de mujeres en las casas de vecindad. «Señora, déjeme usted en paz, que yo no me meto con usted, ni me importa la cara que usted tenga ó deje de tener. Pues estamos bien... Que no pueda una ni siquiera estar triste, porque á la señora ésta le incomodan las caras afligidas... Me pondré á bailar, si le parece.»

No estaba acostumbrada doña Lupe á contestaciones de este temple, y al pronto se desconcertó. Por fin hubo de salir por este registro: «Eso de que me ocupe ó no me ocupe, no eres tú quien lo ha de decidir. ¿Pues qué? ¿Han tocado ya á emanciparse? Estás fresca. ¿Crees que se te va á tolerar ese cantonalismo en que vives? ¡Me gustan los humos de la loca ésta!... Ya te arreglaré, ya te arreglaré yo.»

Estaba la otra tan violenta y tenía los nervios tan tirantes, que al apartar una silla la tiró al suelo, y al poner su manguito sobre la cómoda, dió contra un vaso de agua que en ella había.

—Eso es, rómpeme la sillita... Mira cómo has derramado el agua.

—Mejor.

—¿Sí?... Ya te mejoraré yo, ya te arreglaré.

—Usted, señora, se arreglará sus narices, que á mí no me arregla nadie...

—No quiero incomodarme, no quiero alzar tampoco la voz—dijo doña Lupe levantándose de su asiento,—porque no se entere ese desventurado.—Salió un momento con objeto de cerrar puertas para que no se oyera la gresca, y á poco volvió al gabinete, diciendo:—Se ha quedado dormido. Si te parece, haz bulla para que no descanse el pobrecillo. Te estás portando... ¡Silencio!

—Si es usted la que chilla... Yo bien callada entré. Pero se empeña en buscarme el genio.

—Mete ruido, mete ruido. Ni siquiera has de dejar dormir al pobre chico.

—Por mi parte, que duerma todo lo que quiera.

—Y lo que más me subleva es tu terquedad —dijo doña Lupe bajando la voz,—y ese empeño de gobernarte sola, sí, esa independencia estúpida... tú te lo guisas y tú te lo comes. Así te sabe á demonios. Bien empleado te está todo lo que te pasa, muy bien empleado.

Tanta turbación había en el alma de la esposa de Rubín, que la ira estaba en ella como prendida con alfileres, y el menor accidente, una nada, determinaba la transición de la rabia al dolor y de la energía convulsiva á la pasividad más desconsoladora. Algo se derrumbaba dentro

de ella, y perdiendo toda entereza, rompió á llorar como un niño á quien le descubren una travesura gorda. Doña Lupe se vanaglorió mucho de aquel cambio de tono, que consideraba obra de sus facultades persuasivas. Fortunata se dejó caer en una silla, y más de un cuarto de hora estuvo sin articular palabra, oprimiendo el pañuelo contra su cara.

—Pues sí, tía... es verdad que debiera yo... contarle á usted... No lo hice porque me parecía impropio. ¡Qué barbaridad! Traer á esta casa cuentos de... Soy una miserable; yo no debo estar aquí... Hasta llorar aquí por lo que lloro es una canallada. Pero no lo puedo remediar. El alma se me deshace. Yo tengo que decirle á alguien que me muero de pena, que no puedo vivir. Si no lo digo reviento... Usted crea lo que quiera... pero soy muy desgraciada. Yo sé que me lo merezco, que soy mala, mala de encargo... pero soy muy desgraciada.

—Ahí tienes—le dijo doña Lupe moviendo la mano derecha, con dos dedos de ella muy tiesos, en ademán enteramente episcopal;—ahí tienes lo que te pasa por no hacer lo que yo te digo... Si hubieras seguido los consejos que te di este verano, no te verías como te ves.

La otra estaba tan sofocada, que su tía tuvo que traerle un vaso de agua.

—Serénate—le decía,—que ahora no te he de reñir, aunque bien lo mereces. No, no necesitas

explicarme lo que te pasa; justo castigo de Dios. ¿Crees que no tengo yo pesquis? Me basta verte la cara. Ello tenía que suceder, porque los malos pasos conducen siempre á malos fines... El resultado es que sale todo lo que yo digo. El pecado trae la penitencia. Otra vez te da carpetazo ese hombre, ¿acerté?

—Sí, sí... ¡Pero qué infame!...

—Anda, que los dos estáis buenos. Tal para cual. Las relaciones criminales siempre acaban así. Uno se encarga de castigar al otro, y el que castiga ya encontrará también su trancazo en alguna parte. Pues estás lucida... Tras de cornuda, aporreada, y después sacada á bailar.

—¡Pero qué infame!—volvió á decir Fortunata, mirando á su tía con los ojos llenos de lágrimas.—¿Pues no ha tenido el atrevimiento de decirme, entre bromas y veras, que yo estaba enredada con Ballester? Pretextos, *tiologías* y nada más. De seguro que no lo cree.

—Aguanta, que todo te lo tienes bien merecido. Ni vengas á que yo te consuele... Acudiendo con tiempo, no digo que no. Abres ahora los ojos y te encuentras horriblemente sola, sin familia, sin marido, sin mí.

Fortunata, con un pánico semejante al de quien se está ahogando, agarróse á la falda de doña Lupe, y vuelta á soltar un raudal de lágrimas.

—No, no, no... yo no quiero estar sola... triste

de mí. Dígame usted algo, siquiera que tenga paciencia, siquiera que me porte ahora bien... Sí, me portaré bien; ahora sí, ahora sí.

—Ahora sí. Vaya, hija, no madrugues tanto. Tú no te acuerdas de Santa Bárbara sino cuando truena. ¿Qué sacaría yo de consolarte ahora y corregirte, si el mejor día volvías á las andadas?

—Ahora no... ahora no...

—Quien no te conoce que te compre... Al extremo á que han llegado las cosas, me parece que no debo intervenir ya ni tomar vela en ese entierro. Sería hasta indecoroso para mí. Resultaría... así como cierta complicidad en tus crímenes. No, hija, has acudido tarde... ¡Te he estado metiendo la indulgencia por los ojos sin que tú la quisieras ver, y ahora que te ahogas vienes á mí!... ¡Ay!, no puedo, no puedo.

Y sin decir más se fué á la cocina, pensando que toda severidad era poca contra aquella mujer, y que convenía aterrorizarla, á ver si se sometía al fin de una manera absoluta.

Pronto se hizo de noche. Los días menguaban, entristeciendo el ánimo de los que ya, por otros motivos, estaban tristes. A las seis y media la casa estaba á obscuras, y doña Lupe retardaba el encender luces todo lo posible. Fortunata, en el cuarto de su marido, y casi á tientas, llegó al sofá donde él estaba echado, y le preguntó si tenía ganas de comer, sin obtener respuesta.

Oía los suspiros que daba, el infeliz, y en una de aquellas aproximaciones, Maxi, cogiéndole las manos, se las apretó con afecto. Algo había en el alma de Fortunata que respondía á tal demostración de ternura. Sentía hacia él cariño semejante al que inspira un niño enfermo, efusión de lástima que protege y que no pide nada.

Doña Lupe trajo luz, y mirando á los esposos con sus ojos encandilados por el vivo resplandor de la llama de petróleo, dijo, sin duda por animar á Maxi con una broma: «¿Ya estáis haciendo los tortolitos?... Más cuenta te tiene comer. ¿Quieres que ésta coma aquí contigo?»

—Sí, sí, yo comeré aquí—dijo la esposa prontamente.—Y él comerá también, ¿verdad, hijo? ¿Verdad que comerás con tu mujer? Ella te cortará los pedacitos de carne y te los irá dando.

—Pues yo os mandaré la comida—indicó doña Lupe, poniendo la pantalla al quinqué y acortando la llama.—Tengo hoy un arroz con menudillos que es lo que hay que comer.

En el rato que estuvieron solos, antes de que entrara Papitos con el servicio y la sopa, Maxi endilgó á su mujer algunas frases enteramente ceñidas al endiablado asunto que constituía su demencia. Fortunata le apoyó en todo, mostrándose muy penetrada de la urgencia de establecer, como realidad social, el principio de solidaridad de la substancia divina. A todo decía que sí, y mientras comían, notó que el enfermo se

animaba extraordinariamente, llegando hasta mostrarse alegre, locuaz y poniendo un singular calor en sus proyectos de apostolado. En un momento que salió fuera, preguntóle Fortunata á su tía: «¿Y le dió usted al fin esas píldoras?»

—Sí por cierto. Esta mañana en ayunas se tomó una, y á las cuatro le dí otra. ¿No lo dispuso así Ballester?...

—Sí... Vea usted por qué está tan avispado. ¡Vaya con el cañamo ese! Pero los disparates son los mismos; sólo que ahora no ve las cosas de un modo tan negro, sino que las toma por lo risueño.

Volvió al lado de él, y le fué dando los menudillos con el tenedor, y él se los comía con gana, sin cesar de hablar y aun de reír. Su risa plácida no parecía la de un demente.

Fortunata sentía leve consuelo en su alma, y se decía: «¡Si Dios quisiera que se pusiera bueno!... Pero cómo va Dios á hacer nada que yo le pida... ¡Si soy lo más malo que Él ha echado al mundo! Para mí esta casa se tiene que acabar. ¿Adónde me retiraré? ¿Qué será de mí? Pero adonde quiera que vaya me gustará saber de este pobrecito, el único que me ha querido de verdad, el que me ha perdonado dos veces y me perdonaría la tercera... y la cuarta... Yo creo que me perdonaría también la quinta, si no tuviera esa cabeza como un campanario. Y esto es por culpa mía. ¡Ay, Cristo, qué remordi-

miento tan grande! Iré con este peso á todas partes, y no podré ni respirar.»

Después de comer estaba él animadísimo, cual no lo había estado en mucho tiempo; pero sus conceptos eran de lo más estafalarío que imaginarse puede. Como entraran doña Silvia y Rufinita, de visita, doña Lupe se fué con ellas á la sala, y los esposos se quedaron solos. Maxi se levantó y estiró todo el cuerpo, elevando los brazos. Los huesos crujieron; hizo diferentes contorsiones, que parecían un trabajo de gimnasia, y luego volvió á sentarse, abrazando á su mujer y quedándose ante ella (pues estaba sentado en una banqueta junto al sofá), en actitud semejante á la que toman los amantes de teatro cuando van á decirse algo muy bonito en décimas ó quintillas.

## IV

—Vida mía—le dijo en el tono más dulce del mundo,—gracias mil por el consuelo que me has dado con tus palabras.

Fortunata no sabía qué palabras eran aquellas que le habían consolado; pero lo mismo daba. Hizo un signo afirmativo, y adelante.

—Porque estando tú conforme conmigo, no deseo más. Mis aspiraciones están cumplidas.

¡Viva el gran principio de la liberación por el desprendimiento, por la anulación!...

—¡Vivaaa!...

—Así lo dirán las multitudes cuando esta doctrina se propague; pero esto no nos toca á nosotros, sino al que vendrá después. Cumplamos tú y yo la ley de morir cuando nos creamos llegados al punto de caramelo de la pureza. Matemos á la bestia cuando de ella esté completamente desligada su prisionera, la substancia espiritual, como del erizo se desprende la castaña bien madura.

—Nada, hijo, que la mataremos.

—Me gusta verte así. ¿Hay nada más hermoso que la muerte? ¡Morir, acabar de penar, desprenderse de todas estas miserias, de tantos dolores y de toda la inmundicia terrenal! ¿Hay nada que pueda compararse á este bien supremo?... ¿Concibe el alma nada más sublime?

—¿Y después?—dijo Fortunata, que aun sabiendo con quién hablaba, oía con mucho gusto aquella manera de considerar la muerte.

—¡Oh!, después, sentirse uno absolutamente puro, perteneciente á la substancia divina; reconocerse uno parte de ella, y todito con aquel gran todo... ¡Qué dicha tan grande!

—¡No padecer!...—murmuró la prójima inclinando su cabeza sobre el pecho de él.—¡No temer si le hacen á uno ésta ó la otra perrería!...